

Mons. Romero: mártir por la dignidad humana

Martha Zechmeister
Departamento de Teología
San Salvador

Todo aquel que tortura a otro hombre es infierno.
Todo aquel que desprecia la dignidad humana y la conculca está inspirado por Satanás, no es el amor (Óscar Romero)¹.

El 23 de mayo de 2015, Óscar Romero fue declarado beato por la Iglesia católica. El acto solemne, en la Plaza del Salvador del Mundo, en San Salvador, fue presenciado por las autoridades de la Iglesia y del Estado, así como por alrededor de 300,000 personas, tanto salvadoreños como peregrinos de todo el mundo. Ahí se hizo manifiesta la atracción y la energía enorme que transmite la vida y el martirio de Mons. Romero. Desde siempre, este hecho había despertado múltiples manejos para apoderarse del icono de Monseñor y para tergiversar su mensaje de manera interesada.

Fundamentalmente, se han dado dos tipos de adulteraciones. Una de ellas es la “leyenda nacionalista e ideologizante” del gobierno salvadoreño, que ha pretendido convertir a Mons. Romero en un héroe nacional, en uno de los próceres, con la idea de legitimar religiosa y míticamente su poder. La otra es la “hagiografía” espiritualista, obra de ciertos sectores eclesiales, que intentan hacer del mártir una figura piadosa, llena de misericordia, pero sin aristas. De esa forma, el hombre político, que salió en defensa de los más vulnerables, y que desde lo más hondo del evangelio, denunciaba con rigor y coraje las atrocidades de la elite dominante, desaparece.

1. Homilía, 10 de julio de 1977, en Ó. Romero, *Homilías*, t. I, p. 183 (San Salvador: UCA Editores, 2005).

Actualmente, El Salvador pasa de nuevo por otro período en el cual la dignidad humana es pisoteada a diario de forma cruel y múltiple. Muchos salvadoreños de los sectores más vulnerables se mantienen en una huida permanente de las diferentes pandillas o maras. Los jóvenes de los barrios marginados, mareros o no, sufren diariamente el maltrato de los policías y los soldados. El hogar de muchas familias, que incluyen bebés y abuelos, es violentado por “las fuerzas de seguridad”, que irrumpen en él para registrarlo a cualquier hora del día y de la noche, y cuando al fin lo abandonan, dejan una secuela de destrucción.

La violencia de las pandillas, cada vez más vinculadas al crimen organizado y a los carteles de la droga, que golpea fuertemente al pueblo salvadoreño, no se puede banalizar. Pero la casta política, en lugar de buscar las raíces del problema para elaborar un remedio creativo y eficaz, no ofrece otra cosa que “mano dura”. Así, propone con una monotonía y esterilidad pavorosas más armas y más militarización. Pareciera que El Salvador, a casi veinticinco años de los Acuerdos de Paz, todavía no ha podido superar la lógica de la guerra y de la violencia. En este contexto, la apropiación arbitraria de la figura de Mons. Romero por el presidente de turno, que preside los actos oficiales debajo de un cuadro enorme y patético del arzobispo, es abusiva.

Las siguientes páginas se proponen contribuir a hacer audible la voz original de Mons. Romero y, de alguna manera, a resguardarlo de las tergiversaciones para que su vigor auténtico se haga sentir y pueda iluminar la situación actual.

1. Fundamentación de la dignidad humana desde la fe

Ustedes son la imagen del Divino Traspasado [...] que presenta a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza. Es la imagen de todos los pueblos, que como Aguilares, serán atravesados, serán ultrajados².

El lenguaje de Mons. Romero evidencia de manera inmediata e inequívoca que su contexto no es el discurso de la sociedad secular, que se pregunta por la fundamentación filosófica de los derechos humanos. Mons. Romero vive y piensa en el horizonte de la fe cristiana. Sin duda, como humanista erudito, conoce el debate del “mundo ilustrado” sobre la fundamentación y la universalidad de los derechos humanos y de la dignidad humana. Sin embargo, existencialmente ese debate es ajeno para él.

En las más de 200 homilías que pronunció como arzobispo de San Salvador³, entre 1977 y 1980, la noción de “dignidad humana” aparece como un hilo conductor. El fundamento de esa dignidad es evidente e indudable. Cada ser humano tiene dignidad, porque ha sido creado a imagen de Dios. En medio

2. Homilía, 19 de junio de 1977, *ibid.*, p. 150.

3. Edición crítica en seis tomos, San Salvador: UCA Editores, 2005-2009.

de crecientes tensiones sociales y del aumento de la violencia, Mons. Romero desarrolla esta idea, en la homilía de navidad de 1977: “Jesucristo, el verbo encarnado, es el retrato fiel de la esencia divina; él es el ser humano cabal, así como es grato a Dios”.

El Verbo, el que refleja la esencia divina hecho hombre, es el hombre perfecto, es el hombre de las virtudes humanas, cristianas, celestiales, en el cual cada hombre tiene que reflejarse a sí mismo si quiere ser digno de su dignidad de hijo de Dios⁴.

Estas reflexiones teológicas de ninguna manera se quedaban en afirmaciones abstractas sobre “el ser humano” en general, sino que en su boca son más bien buena nueva para aquellos cuya dignidad era pisoteada, justo en ese mismo instante. Mons. Romero anima a sus oyentes: “Y en medio de mi pobreza y de mi miseria, de mi opresión, de mi cautiverio, no debo yo olvidarme nunca que soy impronta: imagen de Dios”⁵.

2. Ninguna dignidad humana sin rescatar la dignidad pisoteada de las víctimas

Mons. Romero estaba convencido de que si la dignidad humana no se reclama primero para quienes están privados de ella, porque les ha sido robada, entonces, nunca puede ser proclamada como “universal”, como algo válido para todos. Por eso, para Mons. Romero es deber de la Iglesia defender y proteger a quienes han sido despojados de su dignidad, porque parecen insignificantes y porque no cuentan para nadie:

Ahora comprenden, hermanos, por qué la Iglesia es tan celosa de los derechos humanos, de la dignidad humana, de la libertad humana; por qué grita como una madre que siente que le atropellan al hijo, cuando ve que le atropellan las imágenes de Dios que ella tiene que volver a su original belleza⁶.

Esta idea fundamental, muchas veces repetida, constituye el núcleo de cada una de sus homilías. Por eso, arriesga su vida. Mons. Romero denuncia los crímenes espeluznantes ante la opinión pública con datos, meticulosamente investigados, y proporciona la fecha, el sitio y el nombre de la víctima y del victimario. Muchas veces, sus homilías se parecen a un informe de Amnistía Internacional, que la radio de la arquidiócesis YSAX transmitía desde la catedral a todo el país. Por eso, la emisora del arzobispado era blanco frecuente de ataques terroristas de la derecha.

4. Homilía, 25 de diciembre de 1977, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. II, p. 147.

5. *Ibidem*.

6. *Ibidem*.

En la fiesta de la Ascensión del Señor de 1977, Mons. Romero denunció las atrocidades cometidas por la Guardia Nacional en Aguilares, donde dos meses antes habían asesinado a su amigo, el jesuita Rutilio Grande. En este contexto, Mons. Romero proclama al Cristo resucitado y glorificado como la plena revelación de la dignidad humana. Eso es todo, menos un triunfalismo cristiano. Más bien, su proclamación afirma que el Crucificado, la víctima de la violencia brutal e injusta, está justificado por Dios. Dios lo restaura plenamente, en su integridad y dignidad. El Cristo, sentado a la derecha del Padre, personifica así, por un lado, la esperanza y la dignidad de las víctimas, y, por el otro lado, el juicio divino sobre quienes conculcan la dignidad de los otros. La misión de la Iglesia es hacer presente a ese Cristo, incluso si por eso ella misma es perseguida.

Y así, hermanos, por todos los que sufren la tortura, la vejación, la Iglesia no puede callar, porque es la voz de Cristo que, desde su Ascensión, manifestando la dignidad humana en su cielo glorioso, nos dice cómo ama a la humanidad y cómo reprocha Él que existan todavía en el mundo estas lagunas de conculcaciones de la dignidad del hombre⁷.

En su discurso con motivo de recibir un doctorado *honoris causa*, pocas semanas antes de su asesinato, Mons. Romero concluye, reformulando la conocida frase de Ireneo de Lyon, *Gloria Dei, vivens homo*, la gloria de Dios es el hombre que vive⁸, de en una manera genial: “*Gloria Dei, vivens pauper*, la gloria de Dios es el pobre que vive”⁹. Solamente glorifica a Dios “el amigo de la vida” (Sab 11,26) y solo rescata de manera inmediata la dignidad del ser humano quien se compromete con toda su existencia a facilitar la vida para los que están constantemente amenazados por la muerte —bien sea por la muerte rápida de la violencia feroz, bien sea por la muerte lenta del escandaloso des-orden de la economía global.

3. El atropello a la dignidad humana es “idolatría”

Mons. Romero, un cristiano y un obispo que vive y piensa en el horizonte de la fe, en medio de una sociedad destrozada, pero profundamente religiosa, no se preocupa de cómo transmitir los “valores cristianos” a quienes no creen y mucho menos de cómo transmitir los “valores humanitarios de la sociedad occidental” a otras culturas no occidentales. La pregunta preocupante para él no es *si* las personas creen o no en Dios, sino más bien en *qué* Dios creen. En sintonía con

7. Fiesta de la Ascensión del Señor de 1977, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. I, p. 97.

8. Ireneo de Lyon, *Adversus Haereses* IV, 20,7.

9. “Discurso de Mons. Óscar Arnulfo Romero al recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Lovaina”, en Centro Monseñor Romero, *Cartas pastorales y discursos de Monseñor Óscar A. Romero*, Cuaderno 18, pp. 179-192 (San Salvador: UCA, 2007).

la teología latinoamericana recogida en Medellín, la dicotomía fundamental para Mons. Romero no es entre “fe” y “ateísmo”, sino entre “el Dios de la vida” y los “ídolos de la muerte”. En el discurso de Lovaina, sintetiza esa dicotomía en una fórmula breve de su credo.

Creemos en Jesús que vino a traer vida en plenitud y creemos en un Dios viviente que da vida a los hombres y quiere que los hombres vivan en verdad. Estas radicales verdades de la fe se hacen realmente verdades y verdades radicales cuando la Iglesia se inserta en medio de la vida y de la muerte de su pueblo. Ahí se le presenta a la Iglesia, como a todo hombre, la opción más fundamental para su fe: estar en favor de la vida o de la muerte. Con gran claridad vemos que en esto no hay posible neutralidad. O servimos a la vida de los salvadoreños o somos cómplices de su muerte. Y aquí se da la mediación histórica de lo más fundamental de la fe: o creemos en un Dios de vida o servimos a los falsos de la muerte¹⁰.

La fe en el Dios vivo de Jesucristo es inseparable de la afirmación incondicional de la vida y de la dignidad de los seres humanos. Y a la inversa, eso significa que quien ultraja la vida y la dignidad de otra persona, no cree en Dios, sino que sirve a los ídolos, aun cuando su “credo formal” sea completamente “ortodoxo”. En este contexto, Mons. Romero lamenta la existencia de muchos “idólatras bautizados”¹¹.

Estas formulaciones pueden parecer arcaicas, pero Mons. Romero identifica a los ídolos, que de ninguna manera deben permanecer ocultos. Y lo hace de manera clara e inequívoca, con lo cual los actualiza: “Es la codicia, la avaricia, la envidia, el querer tener más, el querer subyugar a los otros bajo mi riqueza; en eso es el mayor subdesarrollo moral, porque la idolatría destruye al hombre y ofende a Dios”¹². Quien rinde culto a los ídolos, no tiene reparo alguno para sacrificar la vida de las personas. El idólatra se separa de Dios, al mismo tiempo que se destruye a sí mismo como creatura, según la imagen y la semejanza de Dios.

La palabra de Mons. Romero es la misma de los profetas bíblicos, concisa y concreta, “viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos” (Heb 4,12). Que un obispo hable así resulta escandaloso para muchos. “Muchos quisieran una predicación tan espiritualista que dejara conformes a los pecadores; que no les dijera ‘idólatras’ a los que están de rodillas ante el dinero y ante el poder”¹³.

El culto a un ídolo origina que una minoría privilegiada se apodere del uso exclusivo de una realidad que, en verdad, existe para servir a la vida de todos.

10. *Ibid.*, p. 189.

11. Homilía, 2 de julio de 1978, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. III, p. 72.

12. Homilía, 4 de noviembre de 1979, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. V, p. 496.

13. Homilía, 18 de febrero de 1979, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. IV, p. 207.

Una realidad, relativa con respecto al bien común, se aísla y se absolutiza. “La riqueza, la propiedad privada, el poder político” son para Romero las absolutizaciones de la derecha. Estos “valores”, una vez entronizados con un estatuto absoluto, divino, provocan la pérdida de todas las inhibiciones para defenderlos por todos los medios posibles, aun cuando haya que sacrificar vidas humanas. Todos los ídolos tienen en común que en sus altares se ofrece la dignidad y la vida de los vulnerables y de los indefensos.

Y resulta, entonces, que los servidores de la absolutización de la derecha, que hoy, aquí en El Salvador, es la riqueza, la propiedad privada, el poder político, servidores de ese frente de ultraderecha, las organizaciones fantasmas o reales que amenazan a muerte, que acribillan a balazos, que amenazan, que secuestran; todo eso es el servicio al falso dios; eso es también idolatría horrorosa de dioses que se están cobrando vidas humanas; servidores del dios Moloc. Y también, las organizaciones armadas de la ultraizquierda son también crímenes de absolutización, son idolatrías, son pecados. Unos y otros están pecando en sus polarizaciones contra el mandamiento de la ley de Dios. A Dios hay que obedecer¹⁴.

Esto lo dijo Mons. Romero el 12 de agosto de 1979. En la misma homilía denunció la persecución y los asesinatos de sacerdotes y de líderes sindicales. Para él, era obvio que quien no respetaba la dignidad y la vida de los otros seres humanos, especialmente la vida de los débiles y los pequeños, negaba a Dios. Por lo tanto, era un blasfemo, un “ateo práctico”. Mons. Romero siempre habló del ídolo de la “religión falsa” y de la perversión de la fe bíblica, que se prostituye para disimular y legitimar religiosamente a los ídolos.

Que todo aquel que hace de una cosa de la tierra un ídolo y lo adora, ya está de espaldas a Dios; tenemos que estar de rodillas ante Dios y de espaldas a todas las otras cosas que no son Dios; o valiéndonos de las cosas —dinero, poder, riquezas— para servir al bien común, para hacer el bien a los demás, mirando siempre a Dios, a quien hay que servir. Lo fatal en estas situaciones es esa idolatría que nos hace apartarnos de Dios, aun cuando materialmente nos llamemos cristianos¹⁵.

En 1979, en la fiesta de la Transfiguración, la fiesta nacional de El Salvador, que lleva el nombre del Divino Salvador, Mons. Romero llama al Estado y a la política a colocar en el centro lo elemental: el ser humano y su dignidad:

La gran contribución de la Iglesia, en esta crisis del país, es su doctrina sobre el hombre. Si hay tanto atropello a la dignidad del hombre, es porque el Estado y, en la situación actual, los ídolos que adoran los hombres han olvi-

14. Homilía, 12 de agosto de 1979, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. V, p. 210.

15. Homilía, 26 de junio de 1977, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. I, p. 164.

dado que lo principal no son esos ídolos, sino el hombre. Y la Iglesia quiere reivindicar la dignidad del hombre, aunque sea el más pobrecito y aunque sea un torturado, un prisionero, un matado¹⁶.

4. Mártir de la dignidad humana

Solo cuando se considera el contexto, frases como estas revelan su fuerza explosiva. En ese momento, cuando El Salvador se encontraba al borde de la guerra civil, Mons. Romero se arriesga al denunciar la cruel realidad de las torturas, las desapariciones y los asesinatos, negada por el gobierno. Desde hacía ya algún tiempo, su nombre figuraba en las listas negras de los escuadrones de la muerte. En una festividad como la fiesta patronal de El Salvador, Mons. Romero tenía garantizada la atención de los medios nacionales e internacionales.

De la misma manera que el conflicto se agudizó en los tres años de la vida pública de Jesús, así se agudizó también la situación de El Salvador, en los tres años que Mons. Romero fue arzobispo de San Salvador. Sin embargo, todos los intentos para intimidarlo fracasaron. No lo desviaron del camino que se había trazado: “una línea pastoral de defensa evangélica de la dignidad humana y de los derechos del hombre”¹⁷. Esa línea era compartida, en términos generales, por el clero, los colaboradores laicos, hombres y mujeres, y los feligreses de la arquidiócesis. Aun cuando presente cada vez con más claridad y cada vez más cercana la posibilidad de su asesinato, no se echó para atrás. Un mes antes de su muerte escribe en su diario, durante su último retiro espiritual: “Me cuesta aceptar una muerte violenta que en estas circunstancias es muy posible”¹⁸. El desencadenante definitivo de lo inevitable fue el famoso final de su última homilía dominical, en la víspera de su asesinato. Haciendo uso de su autoridad episcopal, se dirigió a los “hombres del ejército”, a los soldados de los cuarteles y a los guardias nacionales, cuyas instalaciones se habían convertido en centros de tortura.

Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: “No matar”. Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado¹⁹.

16. Fiesta de la Transfiguración del Señor de 1979, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. V, p. 191.

17. Segundo domingo de adviento de 1979, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. VI, p. 50.

18. “El último retiro espiritual de Monseñor Romero”, *Revista Latinoamericana de Teología* 13 (1988), 6.

19. Homilía, 23 de marzo de 1980, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. VI, p. 453.

Los dirigentes militares y políticos interpretaron este llamado como una peligrosa incitación a la subversión de los soldados y los cuerpos de seguridad. De acuerdo con su lógica, era urgente eliminar a Mons. Romero, si no querían correr el riesgo de que la situación se les fuera de las manos. En palabras de Dietrich Bonhoeffer, el gran mártir de la Iglesia luterana alemana: Mons. Romero nunca se conformó con no hacer otra cosa que “cuidar a las víctimas debajo de la rueda”. Aquí, “rueda” es la metáfora de la maquinaria mortal que está en marcha y que aplasta despiadadamente a quien se le pone delante. Siendo plenamente consciente del peligro, Mons. Romero intentó “detener los radios de la rueda”²⁰ con su palabra para rescatar y defender a las víctimas. En ese empeño, él mismo se convirtió en víctima. En efecto, Mons. Romero relacionó la ley de Dios, superior a cualquier ley humana y a la cual todos estamos sometidos, con la dignidad humana. Su última homilía dominical culminó con las palabras siguientes:

La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno, en nombre de Dios: ¡cese la represión!²¹

Aun en su última homilía, el 24 de marzo de 1980, después de la cual le dispararon, habló de la dignidad humana²².

5. Mons. Romero, “patrono universal” de la dignidad de las víctimas

Mons. Romero encontró en su fe cristiana el fundamento de los derechos humanos y de la dignidad del ser humano. Esta fundamentación nunca entró en contradicción con su validez universal, e indivisible, para todos los seres humanos. La misión de la Iglesia no consistía en proteger de manera preferencial a los creyentes, a “los suyos”, de los ataques que provenían desde “fuera”. Cualquier ataque contra la integridad y la vida de un ser humano, cualquiera que fuera su religión o cosmovisión, era un ataque fulminante contra el corazón de la Iglesia.

Es una hora de cruz porque también para la Iglesia es sufrimiento de su corazón los múltiples atropellos a la vida, a la libertad, a la dignidad humana. La Iglesia, encargada de la gloria de la tierra, siente que en cada hombre hay una imagen de su Creador y que todo aquel que la atropella ofende a Dios. Y tiene que clamar: Iglesia santa defensora de los derechos y de las imágenes de Dios. Ella siente que han sido también escupidas en su cara, latigadas [*sic*] en sus espaldas, cruz en su pasión, todo lo que han sufrido los hombres aunque

20. *Ibidem*.

21. *Ibidem*.

22. *Ibid.*, p. 456.

no tengan fe, pero han sufrido como imágenes de Dios. No hay dicotomía entre la imagen de Dios y el hombre. El que tortura a un hombre, el que ha ofendido a un hombre, atropellado a un hombre, ha ofendido la imagen de Dios, y la Iglesia siente que es suya esa cruz, ese martirio²³.

Significativamente, cinco años antes de su beatificación, en 2010, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró el 24 de marzo, fecha de su asesinato, Día Internacional del Derecho a la Verdad en relación con Violaciones Graves de los Derechos Humanos y de la Dignidad de las Víctimas.

Reconociendo los valores de Monseñor Romero y su dedicación al servicio de la humanidad, en el contexto de conflictos armados, como humanista consagrado a la defensa de los derechos humanos, la protección de vidas humanas y la promoción de la dignidad del ser humano, sus llamamientos constantes al diálogo y su oposición a toda forma de violencia para evitar el enfrentamiento armado, que en definitiva le costaron la vida el 24 de marzo de 1980²⁴.

De esa manera, Mons. Romero fue declarado patrono universal de la dignidad humana y, sobre todo, protector de la dignidad de todas las víctimas. Las atrocidades no pueden ser suprimidas, pero si no permanecen ocultas y se saca a la luz lo ocurrido a las víctimas, al menos se les restaura su dignidad. Una sociedad que no hace memoria de sus víctimas, camina inevitablemente hacia la deshumanización y la barbarie.

6. Negación y fundamentación de la dignidad humana hoy

El 17 de febrero de 2016, el papa Francisco comenzó su homilía en Ciudad Juárez, en la frontera entre México y Estados Unidos, con las mismas palabras de Ireneo de Lyon que Mons. Romero había citado: “La gloria de Dios es la vida del hombre”. De la misma manera que Mons. Romero, el papa habla sin rodeos y eufemismos de los escandalosos atropellos a la dignidad y a la vida de seres humanos. Y sin preocuparse de los intereses políticos, visibiliza este escándalo públicamente. El papa denuncia tanto el drama que acontece en la frontera sur de Estados Unidos como en la de la Unión Europea, que para innumerables seres humanos termina con la muerte.

Esclavizados, secuestrados, extorsionados, muchos hermanos nuestros son fruto del negocio del tráfico humano, de la trata de personas [...] Esta tragedia

23. Homilía, 31 de diciembre de 1977, en Ó. Romero, *Homilías*, o. c., t. II, p. 165.

24. Asamblea General de las Naciones Unidas, “Proclamación del 24 de marzo como Día Internacional del Derecho a la Verdad en relación con Violaciones Graves de los Derechos Humanos y de la Dignidad de las Víctimas”, resolución aprobada el 21 de diciembre de 2010. Disponible en <http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/RES/65/196>.

humana que representa la migración forzada hoy en día es un fenómeno global [...] Son hermanos y hermanas que salen expulsados por la pobreza y la violencia, por el narcotráfico y el crimen organizado. Frente a tantos vacíos legales, se tiende una red que atrapa y destruye siempre a los más pobres²⁵.

Mons. Óscar Romero y el papa Francisco difícilmente se preguntan por la fundamentación filosófica de la universalidad de la dignidad humana. Sin embargo, los dos viven en la esperanza, confiados en la promesa bíblica de que todos los seres humanos están llamados “para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (Rom 8,21). Esto les da el vigor y la claridad intelectual para denunciar todo aquello que niega esta promesa. Saben que los cristianos traicionan su esperanza si no se solidarizan concretamente y con coraje y tenacidad con todos aquellos que se encuentran en peligro y cuya dignidad está siendo sacrificada, en el altar de intereses egoístas. Sin compromiso real a favor de la dignidad de los excluidos y de los amenazados, el discurso sobre la universalidad e indivisibilidad de la dignidad humana se convierte en una mentira.

25. Papa Francisco, Homilía del Santo Padre, Ciudad Juárez, México, miércoles 17 de febrero de 2016. Disponible en http://w2.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2016/documents/papa-francesco_20160217_omelia-messico-ciudad-jaurez.html.